

Restablezcamos el poder adquisitivo del salario

LOS PRECIOS DESORBITADOS OPRIMEN INJUSTAMENTE AL TRABAJADOR

No nos dejemos engañar por lo que tantas veces y con tan justa razón se ha denominado «el velo del dinero».

Puede ser que en alguna época de la Historia el firme y prolongado valor de las monedas hiciera del dinero un verdadero «valorímetro», es decir, una medida perfecta del valor de las cosas.

Ahora no ocurre así. Por unas u otras causas, algunas de ellas tan oscuras que nadie puede hacer claridad en su maraña, los artículos suben constantemente de precio y el poder adquisitivo del dinero se empequeñece.

Por tal circunstancia, el valor nominal de los salarios, estable desde hace ya mucho tiempo, se ve poco a poco, faltamente cercenado. El salario real, esto es, la cantidad de artículos o servicios que se pueden adquirir con él, tiene que ser, a la fuerza menor.

Y ésta es la realidad contra la que nos debatimos y a la que las medidas de gobierno tratan de poner coto.

Hay que abaratar. Tal es el imperativo, no sólo económico, sino también social, de nuestro tiempo. Hay que abaratar para que los salarios reales se acrecienten; para que el hombre que activamente interviene en el proceso productivo y a él dedica todos sus afanes, se vea compensado en la medida que la existencia de bienes y el costo de los mismos lo permitan.

Mientras tal hecho no acontezca, nosotros no podemos creer que hemos llegado a la estabilidad económica y juzgaremos que esos que piden «mayores alicientes para el capital» están representando una farsa, ya que el que en realidad necesita, no ya alicientes, sino simple y estricta justicia, es el trabajo del hombre en todas sus formas y grados.

Llega un momento, en efecto, en que el desaliento se apodera del individuo que, poniendo toda su inteligencia y toda su voluntad en el proceso productivo, recibe a cambio un jornal que, si cuantioso por las cifras, los

altos precios de los artículos lo convierten en irrisorio. Y hay que alentar con una adecuación entre precios y salarios, con una armonía en la participación en los beneficios, la cual hoy no existe, como lo prueban tantos y tantos precios desorbitados.

Son muchos los productos con precios de obtención y los de venta al público. Son muchos también los márgenes, industriales o comerciales, desmesurados. Una corrección es necesaria para que el poder adquisitivo de los miles y miles de hombres sujetos a los ingresos fijos de un sueldo o salario vean acrecentarse su actualmente mínimo poder adquisitivo.

Tal hecho, económicamente posible, hay que considerarlo so-

LUZ

por Marina de Castarlenas

Hoy, queridas lectoras, os hablaré de un tema sencillo y simpático.

Veréis:

Dios, en su Infinita Bondad y Misericordia, nos ha llenado de LUZ.

¡Que no se pierda este regalo Divino, mujeres!

Si no podemos ser estrellas en el Cielo de su santidad, seamos, al menos, aquí en la tierra benditas lámparas de hogar.

Humildes gusanillos de luz...

Con nuestra LUZ debemos iluminar, hasta hacerlas desaparecer, las tinieblas del espíritu del prójimo.

Con nuestra LUZ, debemos guiar por la senda del Bien al que se aleje de ella.

Que nuestra LUZ, alegre las lobregueces del alma que está presa de la DUDA.

Que nuestra LUZ, sea como el rayo de la aurora que hace cantar alegremente a los pajaritos. Esto es, que alegre los corazones de los que están sufriendo.

Seamos «lámparitas» de Dios para que en nuestro propio hogar, en el de nuestros amigos, en las reuniones que frecuentemos, en las calles que recorramos iluminemos de ideas divinas a los seres que nos rodeen y penetremos. En hacer ruido, en las almas y en los corazones. De forma que, sin perturbarlos, los hagamos más puros y abnegados.

¡No os sentís dichosas, por ejemplo, cuando al contemplar un hermoso rosal que vuestras propias manos plantaron de un pequeño esqueje, lo veis convertido en bellísima planta y enjaya do con la maravilla de sus flores...?

«...yo lo planté — decís ufanas, mostrándolo—. Miradlo... qué hermoso está!».

Pues más, ¡mucho más contentas os sentiréis si habéis iluminado con vuestra LUZ de bondad cristiana las tristezas de un semejante. Hermano vuestro ante Dios.

Tened el alma, el espíritu, el corazón, eminentemente HOSPITALARIOS para acoger con santa alegría a los que acudan a vosotras en busca de consuelo.

Acudamos, sin necesidad de ser llamadas, a donde veamos un dolor, una pena, una sombra que precise de LUZ divina para borrarla.

Sed, en todo momento, como una hermana de la Caridad que, al atravesar una Sala del Hospital, tiene para todos los enfermos una mirada de piedad. Una palabra de consuelo. Un gesto de resignación. Una sonrisa de afecto.

Nos sentiremos dichosas si al llegar la noche, en estas horas en que poco a poco se apagan todos los ruidos de la jornada nos vemos envueltas en la paz que proporciona el deber cumplido.

La elegancia femenina, en razón inversa de la moral

Por ALFONSO MORÓN

Lenta y paulatinamente, la joven de nuestro tiempo ha ido separando todo lo que significa moral, de la práctica de la moda. Para la joven contemporánea la moral no es sino una serie de principios tendientes a procurar llevar la cabeza baja y las manos juntas, en el templo, y a caminar muy despacio cuando se levantan del cumplatorio. Si la Moral es una ciencia que contiene preceptos inmutables, que se refiere a la modestia y al pudor, son cosas que ellas ignoran o fingen ignorar.

Apenas se ha abandonado el templo, y como por arte de magia, las jóvenes salen transformadas en maniqués ambulantes y gratuitos, en ese gran desfile que se organiza todos los veranos; y el estío crea, para la joven de nuestro siglo, el ambiente fetichista y pagano que ella vive y da vigor de ley, porque el hecho de que la moda la marca la mujer, es un juicio universal y apedictico.

La joven de hoy carece, pues, de criterios rectos. En su ánimo la ausencia de estimación por los valores eternos, es absoluta. A tanto ha llegado el dominio y la preocupación por la indumentaria, que nos hace pensar, en muchas ocasiones, si la muchacha de nuestra centuria se da, realmente, cuenta de la transitoriedad de su juventud y de que — como dijo la inestimable Santa Teresa — la existencia terrena es una pésima vida en una mala pasada.

Y no piensen, esas despreocupadas chicas, que no son exagerados ni beaterías contraproducentes, las diatribas de los predicadores contra los excesos de la moda femenina; se trata, simplemente, de guardar un poco el pudor; esa virtud que es perla inestimable para las madres españolas, vuestras madres.

Si, no sólo el pudor es indi-

ferente a las muchachas de hoy, sino que sabiendo, como saben, que provocan reacciones del instinto más animal que posee el hombre; entonces es que no les importa en absoluto la propia salvación de su alma. Muchas veces he pensado si realmente se hace suficiente labor de apostolado a este respecto; si el apostolado es inútil o no se encauza como es debido. Todas las demás actividades apostólicas, desde las misiones hasta las sociedades de cultura y de caridad, obtienen un éxito maravilloso, dondequiera que se organicen. ¿Por qué, pues en las actividades de la moda de las ciudades y playas, durante el verano, fracasan estrepitosamente...?

¿No se da cuenta la joven de este tiempo de que sus modas veraniegas incitan a pecar al hombre, aunque sólo sea de pensamiento? Si se dan cuenta — como ocurre en la mayoría de los casos — y no ponen remedio a tal desacato a la moral cristiana, no pueden ya pretender, pues, hacerse acreedoras al respeto, ni a invocar el pudor que no guardan; ni deben extrañarse tampoco de las osadías verbales de muchos hombres, cuya moral consiste en no tener ninguna.

Esas chicas de blusa transparente, sin ningún atisbo de mangas, de falda ceñida y movimientos provocativos, ¿cómo pueden aspirar a formar un hogar, ni a tener hijos? Ningún hombre, por muy pecador que sea, piensa jamás en el matrimonio con tales muestras de exhibicionismo casi permanentes. Además, los que so-

mos católicos de verdad — y perdón por la modestia —, y deseamos ajustar nuestra conducta a las normas que se nos dan en los confesionarios, o por nuestros directores espirituales, saltamos de indignación cuando salimos de la iglesia, después de una visita a Cristo Sacramentado, y nos encontramos con el espectáculo — más propio de la antigüedad pagana — de un grupo de jóvenes, de todas las edades, que parecen escapadas del escenario de algún cabaret de moda, o de algún teatro galante; y entonces, nuestros propósitos caen estrepitosamente al suelo, aunque sólo sea mientras dura el paso de los jóvenes «a la moda».

Todo el mundo tiene derecho a que se respete su modo de vivir. El pecador, indiferente a la moral, afirma rotundamente, con su conducta, su derecho a vivir en pecado, a entregarse a todos los excesos, a no privarse de ningún placer, y se aleja de los centros de catequización. Nadie, en absoluto, ha pretendido jamás meter ante sus ojos grupos de frailes, ni de monjas, ni procesiones que desfilen dentro de sus propiedades; ni siquiera el párroco va a su casa a cada momento, ni se ocupará directamente de un hombre que, resueltamente, ha abominado de Cristo y de su Iglesia, quedándole como único recurso orar por su conversión. ¿Por qué, pues, los que deseamos seguir a Cristo, con todas sus consecuencias, hemos de aguantar en silencio la deliberada provocación a la concupiscencia? Los que anhelamos una ejecutoria de limpieza de almas, ¿por qué hemos de sostener a cada momento del día, una lucha titánica para conservar nuestra libertad de espíritu? Hay que considerar que somos hombres y que, como tales, estamos sometidos a la influencia devas-

Pasa a la pág. 2

TESTIMONIOS DE CONVERSION

DEL CISMA A LA FE

de «Ecclesia», de París por Boris BOULIEFF

Por densa que sea esa noche de Pascuas — la memoria — su agua desbordada no llega a sumergir en ella ese punto luminoso que es nuestro más lejano recuerdo. Así, la noche más espesa, y al parecer la menos escrutable, es también la más reveladora: infaliblemente nos conduce a lo más sufrido. Nos encontramos a nosotros mismos en la viva luz de la infancia. ¿Es necesario, pues, haberlo perdido todo — pero ganado más — para comprender a favor de una luz — todavía imperfecta que no nos queda otro amparo que la desnudez de los comienzos?

«¡Si no cambiáis!...», dice San Mateo. Pero nosotros hemos cambiado, cambiamos, seguiremos cambiando. Volveremos a ser semejantes — exactamente — a ese niño que fuimos, a ese niño al cual, según la Palabra, debemos parecernos para entrar en su Reino.

¿Por qué no ver y, si puedo, pintar tal como fuera a ese niño del cual me obstino en hablar, a ese niño que, secretamente, se sentía llamado a una vida ardorosa? Cuando en la sombra de las iglesias bizantinas, el incienso, en pesadas espirales, buscaba estacionarse al pie de los altares, la atención que ese niño ponía al escuchar las voces que entonaban los cánticos en los oficios divinos, ¿era realmente fervor? Sin saberlo, seguramente acrecentaba, enriquecía allí, para mi futuro alimento espiritual, el legado de tantos antepasados en quienes, día tras día, se afirmaba, con la virtud de la esperanza, eso que no

puedo menos que llamar la excelencia de una raza. Abuelas, viejas tías... Recuerdo algunas. Desde el alba hasta la noche iban de un lado a otro. Toda la casa brillaba, como tapizada de seda de cambiantes reuejos. ¿Cómo volver a respirar ese aroma de cera, de café, de frambuesa? Pesaban el grano, medían el aceite y el vino, sin detenerse jamás sino ante los santos iconos: «¡Oh Bendita! ¡Oh, Madre de la Intercesión Soberana!...» ¡Ay de mí! ¡Cuánto os amé sin saberlo, oh laboriosas, y cuánto me habéis dado!

Más tarde asumí plenamente la condición tan próxima a la servidumbre que el exilio impone a aquellos que deben conquistar, día a día, el derecho de vivir. Quedan todavía testigos de aquel tiempo al cual hoy, sin ironía, le restituyo su nombre de juventud. Juventud familiar... Dieciocho años, veinte años... Una vida prisionero, como con esposas en mis puños; trabajo sin placer ni provecho, males ciertos y males imaginarios... Veinte años, veinticinco años... ¡Cuántas penas, cuántos obstáculos! Un rendido jadeo de fatiga, y luego los cataclismos: la guerra, la ocupación, el destierro.

Por la noche, al término de una jornada agobiadora, evocaba a menudo, en un solitario cuarto de hotel o en un miserio «studio» de Vaugirard, mi lejana infancia. Un fondo ancestral, clarificado, purificado por todos los creyentes de la dilatada raza cuyo indigno depositario me re-

(Pasa a la pág. siguiente)

REDACCION:

PALMA DE MALLORCA
Fortuny, 1 - Tel. 2413

Precio: 0'60 pts.
FRANQUEO CONCERTADO

En la semana pasan cosas...

DE TODO EL MUNDO

Hace tiempo que el mundo tenía puesta su vista en Teherán. La atmósfera es densa. ¿Cómo se resolverá? Los sucesos de estos días son el principio de su transformación. La actuación de Mussadeq era misteriosa. ¿Con el Sha? ¿Con los comunistas? ¿Dictador? ¿Y el pueblo persa? — El Ejército se ha situado al lado del Sha y el pueblo ha reaccionado. Mussadeq y los suyos han quedado desarmados y detenidos. El Sha ha vuelto a Teherán donde emprenderá la reforma política que al país interesa. El General Zahedi ha formado Gobierno.

Cuando un gobierno quiere mucho puede. Laniel ha sido enérgico y va triunfando sobre los comunistas. Las huelgas de Francia que tantos perjuicios causan al país están liquidándose a pesar del interés de los comunistas en que prosiguiesen.

En la ONU fué rechazada la proposición de Vicsinski de que China y Corea del Norte fuesen invitadas a participar en los debates que se avencinan sobre la Conferencia política del Extremo Oriente.

Francia se ha impuesto en la política marroquí. El General Gillaume rodeó con fuerzas la residencia imperial en Rabat y el Sultán fué obligado a dejar su residencia por haber sido destronado. El y sus hijos marcharon a Córcega.

El Gobierno soviético ha anunciado que Rusia ha hecho estallar la bomba de hidrógeno. El mundo toma nota de ello y los occidentales dan contestación adecuada.

Se aspira para muy en breve la proclamación que hará S. S. Pio XII del año 1954 como «Año Mariano» para solemnizar el centenario del dogma de la Inmaculada Concepción.

Se proyecta para en breve la celebración de una conferencia de Paz alemana y la creación de un gobierno provisional de toda Alemania.

DE ESPAÑA

En Santander se ha centrado en estos pasados días la atención de los españoles: La ciudad montañesa ha sido visitada por el Caudillo al cual ha recibido clamorosamente. El Ministro de la Gobernación ha hecho entrega de la nueva Catedral al Obispo de la Diócesis.

En dicha ciudad están reunidos los que forman el II Consejo regional de Prensa, bajo la presidencia del Director General señor Aparicio. También ha sido inaugurada en ella, la II Reunión de Física nuclear.

En San Sebastián ha sido firmado un tratado comercial hispano-cubano.

Las exploraciones en la Peña de San Martín de Pamplona han terminado; han sido explorados 12.600 metros.

DE MALLORCA

Con motivo de la visita a nuestra Ciudad del buque escuela griego «Armatolós» se celebraron varios actos de agasajo, cumplimentación y amistad, entre sus jefes y nuestras primeras autoridades.

Para el mes de septiembre próximo se anuncian varios espectáculos y festejos con ocasión del Curso para Extranjeros que ha de darse en el Estudio General Luliano, a cargo de la Universidad de Barcelona.

El Excmo. Sr. Gobernador Civil, acompañado del Sub Jefe del Movimiento y diversas jerarquías giró una visita oficial al Campamento del Frente de Juventudes en Santa Fonsa.

Con motivo de la fiesta de San Bernardo fueron muchísimos los mallorquinos que siguiendo inveterada costumbre se trasladaron a La Real, donde celebrábase extraordinarios actos cívico-religiosos por coincidir el VIII centenario de la muerte del Santo Abad.

La Diputación Provincial en su última sesión acordó adherirse al homenaje que Pollensa ha proyectado en honor al pintor don Lorenzo Cerdá, felicitar a don Elviro Sans por la distinción de que ha sido objeto por la Dirección General de Administración Local y anunciar segunda subasta para enagenar el edificio de la Casa Provincial de la Infancia.

En la antigua residencia veraniega del Abad y Monjes cistercienses del Monasterio de la Real en Deyá, denominado Ca l'Abat dió un espléndido concierto polifónico la «Capella Oratoriana».

† Santo Evangelio

DOMINICA XIV DESPUES DE PENTECOSTES

San Mateo, 6-24-33

En aquel tiempo, Dijo Jesús a sus discípulos: Ninguno puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión al uno y amar al otro, o si se sujeta al primero mirará con desdén al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas. En razón de esto os digo, no os acongojéis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. Qué, no vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo, como no siembran, ni siegan, ni tienen graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellos? y ¿quién de vosotros puede añadir un codo a su estatura? Y acerca del vestido, ¿a qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo cómo crecen: no labran, ni tampoco hilan. Sin embargo, yo os digo que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió «con tanto primor» como uno de estos lirios. Pues si una hierba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno. Dios así la viste: ¿cuánto más a vosotros hombres de poca fe? Así que no vayáis diciendo, acongojados: «¿Dónde hallaremos qué comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos? Como hacen los paganos, los cuales andan «ansiosos» tras todas esas cosas; ¡ue bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis. Así que buscad primero el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se os darán por añadidura.

DEL CISMA A LA FE

conocía, reposaba en ese niño. Era el mismo, el mismo niño que arrodillado al pie de las siete gradas guarnecidas de terciopelo del altar bizantino, recibía del arcipreste de esmaltada mitra la partícula de pan empapada en el vino consagrado... ¿Era esa antigua emoción la que, respaldando, debía guardarme de tantos escollos? No es que no sintiera tentaciones de seguir la senda aterciopelada de mullido lodo, que se me ofrecía demasiado fácil, ni siquiera que fuese capaz de resistir la turbadora atracción de la facilidad; pero loada sea la Gracia, esa guardiana nuestra que no deja de escoltarnos— a veces lograba recobrar. Y, poco a poco, a medida que pasaba el tiempo, fué aflojándose el fuerte nudo de la amarra que me ataba al pasado. Conseguí esa victoria sobre mí mismo sin rebelarme, si bien no aceptaba todavía. ¡Cuánta larga prisión, cuántos duros esfuerzos sin esperanza! Sin embargo, en torno mío iba formándose un círculo de amigos. Recuerdo cierto día en que, yendo, agebradas las manos, agobiados los hombros, por la vieja arca de Saints Péres, me encontré con René Schwob. Volcado el fieltro sobre la nuca, a la manera de los novios de aldea, efusivos en el palmoteo cordial las manos, daba todo el tal sensación de contento y bienestar, que sentí envidia. «¿Cómo! —exclamó—. ¿No va usted a los Oficios? ¿No es usted creyente? No me explico...» A buen seguro que hoy, a la distancia, sabría responderle: «Déjeme usted tranquilo —le dije, haciendo un gesto que no significaba nada—. No sé de qué les sirve a ustedes tener una llave para cada puerta...» La sonrisa de Schwob se disipó y su mano se posó levemente en mi brazo. «¡Vaya, hombre! —comentó—. Habla usted como Gide...» La mueca que hice le devolvió su chispeante alegría. «Pues se equivooca usted —agregó—. No se trata de abrir todas las puertas. Basta abrir una: la última...»

Estas palabras eran dignas de ser retenidas. Me propuse olvidarlas, sin embargo. El trabajo, las preocupaciones y la pobreza ponían en mi vida un ritmo incoherente. ¿En qué callosidad, intacta en mí, la afirmación de Schwob aguzaba ya sus dardos? Fuera como fuese, comprendía sin esfuerzo que todo, en mí y fuera de mí, a pesar mío tenía un signo. Lo que disminuía al hombre, contribuía a su desarrollo y lo fortifica. Pero los sufrimientos que concurren a perfeccionarnos, no transmutan en nosotros lo que debe sernos transmutado sino a largo plazo. Los días se amontonaban sobre los días, y yo me empeñaba, sin brillo, en subsistir. Seguía avanzando. Un sentimiento de saciedad, exigente y novísimo, me servía de fuerza propulsora. Mis recriminaciones eran menos ásperas; aprendía a callarme. Es en ese silencio, que nuestra avidez renueva y le asigna un valor sacramental, donde se realizan todas las decantaciones.

¡Increíble gratitud del Amor, que nos asume como si cada uno de nosotros fuera el único a quien debe asumir! La ayuda que yo pedía me fué acordada bajo la forma de un rudo golpe que, al par que me proyectó hacia adelante, cortó de una vez los hilos que me retenían prisionero de mí mismo tanto como de los hábitos que me había impuesto. Tanto nos azora la soledad, o lo que así llamamos, que, liberado, podía locamente creerme arrasado, y en peligro de serlo más. Pero he aquí que ese círculo de amigos, vigilantes hasta la omnisciencia abandonó entonces su delicada discreción, que había respetado como una ley, y, afirmando su presencia, se interpu-

so entre los fantasmas que suscitaban y multiplican la juventud y el desorden. No tuve sino que dejarme llevar... ¡Queridas amistades inmerecidas, que tan decididamente me ayudaron a realizar lo más valioso que llevaba en mí: mi alma!

En esa trama de recuerdos entrecruzados, alternativamente distendida y tensa, otra imagen se superpone a la encantadora de Schwob, lúcido y, en secreto, herido de muerte. Cierta día llegué a la casa de una amiga mía, francesa casada con un ruso, y cuya madre, una sencilla bretona, educaba a su único hijo. Ocurrió lo que voy a contar en una estrecha habitación inundada de sol, a las diez de una mañana de julio. El niño, que acababa de levantarse, tenía todavía puesto su largo camión de dormir y, apoyado entre las rodillas de la ruda aldeana, con las manos sostenidas por las de ésta en ademán de plegaria, hacía su oración matinal. Me detuve a observar la escena. «Dios te salve, María...», decía la abuela. Y el niño, clavados sus grandes ojos en el rostro leñoso de la anciana, repetía, palabra a palabra, la invocación milenaria. Creo que jamás he oído en mi vida nada más conturbador, más emocionante que esa prodigiosa afirmación: «...y bendito sea el fruto de tu vientre...», balbuceada, al cabo de tantas razas retornadas al Reposo, por esa temblorosa voz de niño.

Los años de ocupación señalan, simultáneamente, el término de mi juventud y de mi inconsciencia. Volvía de la guerra. Árboles desgajados, soledad, silencio velado de sol y de azul... ¡Cuánto cambio, qué desconocido aquel París que tanto habíamos amado! En las calles desiertas, cada paso, despertaba un eco provinciano.

Mi madre murió. Evoquemos el cuadro más desolador —el de ese abandono— y luego aquel otro, el de un cortejo de fortuna, el insólito de un cementerio donde, bajo la lluvia de septiembre, los nogales dejan caer sus frutos al mismo tiempo que las paladas de tierra nivelan la fosa recién abierta...

Pero, por exigentes que fuesen las necesidades de una acción que había aceptado con sombrío ardor, no hubiera podido eliminar esa otra necesidad: la de vivir en una luz distinta a la de aquella en que había vivido. ¿Cómo explicarme? Las iglesias me atraían. Cuando pasaba delante de alguna, en esa época a que me refiero, nunca podía absterme de entrar en ella. La penumbra de los santuarios, su frescura un poco mohosa, la odorífera luminaria roja que vela... ¡Oh, Dios mío, sólo Vos y yo sabemos cuánta fuerza de estímulo encontraba en el silencio en que Vos mismo os envolvéis! Pasaba las fronteras, me enardecía iba y volvía dentro de mí mismo. Y siempre bullía en mí, más activo que un fermento, el deseo de entregarme a Otro, a ese Otro que había conocido desde lejos, pero a quien iba conociendo tiempo hacía ya desde menos lejos.

«Pero ¿qué espera? —me preguntó un día el padre Maydié—. Está usted maduro...» ¿Lo estaba, realmente? ¡Quién lo sabe! Nada podría expresar el sentimiento de pánico abyecto que me asaltó en mi primera confesión. «¡Padre, padre mío!...» De hinojos ante el cura soldado clavaba en su rostro mis ojos enloquecidos, repitiendo con angustia: «¡Padre, padre mío!...» Una mano ruda, capaz de domar todas las rebeliones, se apoyó levemente en mi hombro, como lo hiciera aquella vez la mano de Schwob. «Vaya, hijo mío, vaya; serénate...» —dijo el padre Clamorgan, la querida voz del pa-

Yoghurt DANONE
Controlado bajo el microscopio

Bombas para riego y Grupos Bomba Domésticos
B. NADAL
Plaza Merced, 1 :: Tel. 2796

PABLO y BARTOLOME
MELIA
Talleres de Maquinaria Agrícola
General Goded, 22 - Teléf. 18 y 19
PORRERAS (Mallorca)

MIEL Artículos de cerería, lamparillas, blech de cera de 6 - 8 y 10 horas de duración
excelente, pura de Espilejo y Romero
LA MERCED
Merced, 45 :: PALMA

Bombas para riego y Grupos Bomba Domésticos
B. NADAL
Plaza Merced, 1 - Tel. 2796

AMSA
ALMACENES MATONSA
PALMA DE MALLORCA



NEVERAS IGLESIAS

GARANTIZADAS

Facilidades pago:
Frente Iglesia Sta. Cruz

ESPECTACULOS LA ELEGANCIA...

"PEPPINO Y VIOLETA"

Director: Maurice Cloche.
Intérpretes: Vittorio Manunta, Denios O'Dea.
Distribución: Pro-Cines.

En su Encíclica «Vigilanti Cura» expuso el Papa Pío XI la posición de la Iglesia respecto al enorme problema de la cinematografía.

Después de encarecer a cada paso los daños que el mal cine causa a la religión y las costumbres, pasaba a examinar el bien que debería hacer. «En vez de escuela de incentivos — decía — debe servir para una recta educación y para contribuir a un mayor nivel en las costumbres». Añadiendo más adelante: «A tal fin hay que hacer películas que estén inspiradas en los principios cristianos, películas que con su enorme eficacia ilustren las almas de todos los espectadores y les induzcan a todas las virtudes».

Palabras luminosas, que acaso parecieran clamar en desierto el año que fueron pronunciadas, pero cuyos frutos comenzaron a recogerse hace algún tiempo con la espléndida floración de cintas ajustadas a estos principios que vienen sucediéndose en todas las latitudes.

Sin desdeñar aportación alguna, merece especial atención la corriente francesa e italiana en lo que al buen cine se refiere. Precisamente por darse en estos dos países el caso contrario, el de la cinematografía reproducible en una vuelta las más de las veces en un seductor ropaje artístico, es mayormente elogiada la actitud de «los que se dedican — son también palabras de Pío XI — a este arte con el propósito de que se acomode a lo que exige la sana educación del hombre y a los principios cristianos».

Entre aquéllos se cuenta el director francés Maurice Cloche, realizador de la incisiva biografía de San Vicente de Paúl proyectada con el título de «Monsieur Vincent».

En su más reciente película, Cloche ha escogido un tema totalmente diverso de forma, aunque su fondo sea idéntico: la fortaleza de un alma tocada por la Fe.

Leíamos en una reciente encuesta sobre cine católico que el modo más eficaz de hacerlo consiste en reratar y relatar la vida, peripecias y empresas de los grandes — o pequeños, pero auténticos — católicos: santos, misioneros o simplemente sacerdotes que asumen íntegramente su misión y hasta sencillas almas de Dios. Si Maurice Cloche eligió para «Monsieur Vincent» la

figura de un santo, en «Peppino y Violeta» se ha contentado con dos humildes criaturas de Dios: un pobre huerfanito y una vieja burra.

Peppino es un niño de nueve años y Violeta una burra vieja. Peppino no tiene en el mundo más que a Violeta, que además de amigo es su medio de vida al cargar sobre sus hombros los acarreo que le encargan las gentes de Asís. Porque Peppino y Violeta viven en la franciscana villa, al amparo del santuario que guarda los restos del «poverello».

Y precisamente en los muros de ese santuario, Peppino contempla, materializadas en pinturas del Giotto, las muestras del amor que el santo profesó a todos los seres. ¿Qué de extraño tiene, pues, que cuando enferma Violeta, quiera el pobre huérfano bajarla a la cripta para que San Francisco la cure? San Francisco, que tanto quiso a los animales, no podrá desoir la súplica, hecha con todo el fervor, con toda la fe sencilla y humilde de aquel pequeño corazón.

Pero Violeta no puede descender hasta la tumba del Santo. No es posible que entre en el templo y además, la puerta es pequeña y no cabe por ella. Sólo el Papa puede autorizar que se abra otra que está tapiada y que el animal llegue hasta el lugar donde reposa San Francisco.

Peppino va, pues, a Roma. Tras varias tentativas fallidas consigue — él, minúscula personita — una audiencia con el Soberano Pontífice. Y vuelve a Asís para llevar — en un final donde se resalta el triunfo de la fe — a Violeta hasta el sepulcro de San Francisco.

Esta anécdota, llena de emotividad en su sencillez, ha sido narrada por Maurice Cloche con un estilo directo, ajustado a las últimas tendencias realistas del cine. Ahora bien, como decíamos — sin que sea cita propia — en estas mismas páginas, tal realismo, está transfigurado, poetizado, por el propio temperamento del realizador.

Sobre la contundencia real del misero establo donde habita Peppino en compañía de Violeta, sobre el rigor documental de los interiores vaticanos, está el hábito de poesía que Maurice Cloche ha sabido infundir al relato, basado en una narración de Paúl Gallico y traducido a imágenes que provocan en el espectador la emoción sencilla pero nunca la primaria sensiblería. La misma figura del huérfano, propicia a la deformación sentimental, es presentada con un relieve optimista

y gozoso. Alegría franciscana del humilde satisfecho de su propia humildad.

La realización está, en su forma, acorde con el excelso fondo de la cinta. El director francés ha cuidado todos los detalles con minuciosidad, resaltando con adecuados encuadres o desplazamientos de cámara la narración.

Yoghourt DANONE Alimento de Campeones

Así, por ejemplo, los planos de Peppino durmiendo al pie de una de las enormes columnas vaticanas que resalta su pequeñez; así su llegada a la Plaza de San Pedro resuelta, mediante una impresionante panorámica. O la ráfaga de aire — soplo de fe — que impulsa las fiores destinadas

Yoghourt DANONE Desayuno para todos

al Santo Padre. O las lágrimas — rocío de las flores — que caen por las mejillas de un angelote de piedra. Son tantos y tan destacados todos estos detalles que su enumeración se haría interminable.

Y no podríamos terminar sin dedicar el más encendido elogio al niño Vittorio Manunta, intérprete de «Peppino», sobre quien recae todo el peso de la acción, que lleva sin desmayo, matizan-

Yoghourt DANONE Desayuno para todos

do su expresión como el más consumado artista. Como en el caso de Inés Orsini, en María Goretti, este Vittorio Manunta de «Peppino y Violeta» extraído como aquella ded no profesionalismo, da una acabada lección de interpretación cinematográfica

Yoghourt DANONE Alimento de campeones

emotiva y sencilla. A su lado cabe citar a Denis O'Dea en el papel de «Padre Amico».

Y nada más, como no sea destacar una vez más y como colofón, el hondo sentido de esta cinta ejemplar, verdadera exaltación de las virtudes de la esperanza y la fe.

Materiales para Edificaciones, S. A.

Avenida Alejandro Rosselló, 14
REPRESENTACIONES EXCLUSIVAS DE
CEMENTOS FRADERA, S. A.
ROCALLA, S. A. y
Azulejos J. B. Segarrá Berna

CRISTALERIA BALEAR

FABRICA DE ESPEJO Y
TALLER DE BISELADO
Av. Gral. Primo de Rivera, 51 - Tel. 1965 - PAM

Industrias Cárnicas TEJEDOR, S. A.

Gran Frigorífico - Fábrica de Embutidos - Especialidad en Mantequilla para hojaldre - Butifarra Balear Fue Imperial y obrada
Vía Ernesto Mestre, 71 - Tel. 6 y 62
FELANITX - MALLORCA

tadora del apetito concupiscible; y, si nosotros mismos, por nuestro libre albedrío, nos alejamos de las ocasiones, no es justo ni equitativo que esas ocasiones se movientes vengan a metérsenos por los ojos y a provocar nuestra caída «a priori».

La mujer, joven y madura, de anteriores generaciones siempre tuvo el prurito de ser elegante. Y, a tenor de este propósito, encalzaba sus modas a conseguir tal galardón social. Sus vestidos de invierno como de verano, fue ron casi siempre, modelos de modestia y de pudor, en la numerosísima clase media. Y el caso más curioso — si es que así puede denominarse — es que, guardando el pudor por medio de la elegancia

de la modestia en el vestir, conseguían el más alto grado de elegancia. Jamás secultivó la extravagancia, ni la ligereza de trajes de calle o de paseo; o de visita, con la falda, la blusa o el escote un dedo o dos más corto que el «demi-monde» había de sufrir la dia triba de sus amigas, la crítica de sus posibles pretendientes, o había de tolerar lo que en sociedad se llama «hacer el vacío».

De la elegancia se puede afir-

mar lo mismo que de la belleza, puesto que la primera no es sino una forma de la segunda. Posee la elegancia las tres condiciones de lo bello: integridad, proporción y resplandor. Y en la indumentaria estival de la joven moderna no existe armonía — proporción — puesto que los abusos extremos carecen de armonía. No pueden existir resplandor en aquella presunta — y no conseguida — expresión de la belleza (que no es tal), que no despierta nuestros velos sensibles, que permanecen estáticos ante la incitación a la concupiscencia. También la integridad es inapreciable porque no existe; no es íntegro lo que no despierta la emoción estética.

Si consideramos, pues, que la elegancia femenina contribuye a aumentar su gentileza, realizando su sutil belleza, la actual moda femenina está en razón inversa de la elegancia y, por tanto, de la moral.

Es, por naturaleza, extraño y absurdo que la mujer moderna haya perdido ese sentido de la elegancia que siempre poseyó, mas lo absurdo tiene a veces su explicación por otro absurdo, por otra negación análoga: el impudor y la inmodestia.

MAQUINAS DE TEJER JERSEYS, REBECCAS, ETC.

GARANTIZADAS

Enseñanza gratis

Soldamos agujas rotas

Eusebio Estada, 100 (Puente del tren) :: PALMA

Sus ojos debe únicamente confiarlos al oculista
Sus gafas a firma de toda solvencia

La Casa Hijo de V. Cort y Matamala

General Goded, 14 - Teléfono 2170 - Palma de Mallorca

LE SERVIRA CON TODA ESCRUPULOSIDAD

RESTABLEZCAMOS...

cialmente necesario. La política de abaratamiento choca, como ya estamos viendo, con mil obstáculos, pero hay que superarlos y conseguir que el empleado y el trabajador, víctimas propiciatorias de la carestía, dejen de verse apiastados por el increíble peso de los precios caros.

No puede menospreciarse el esfuerzo humano, y eso es en realidad lo que hacen los que encarecen los productos. Oespogan al salario de su vitalidad, que no es otra que el poder de compra. Tuercen, en beneficio propio, el normal acontecer econó-

Yoghourt DANONE Controlado bajo el microscopio

mico que señala, para el individuo activo, un plano determinado de consumo. Hay que luchar hasta eliminar los márgenes abusivos, las ganancias desorbitadas y los beneficios que no guardan relación con la intervención real del individuo que los obtiene en el proceso de la producción.

Hay que fortalecer, en suma, los salarios reales.

(De «APAN»).

PRODUCTORA TOLINERA S. A.

ELABORACION DE PRODUCTOS DEL CERDO
IMPORTACION Y EXPORTACION
Fca. en Barcelona - Balenyá - Zona Vich
Manacor - Baleares

Bombas para riegos y Grupos Bomba Domésticos

B. NADAL

Plaza Merced, 1 - Tel. 2796

La cisma de la fe

(Viene de la pág. 2)

dre Clamorgan, que sigo oyendo siempre, para dicha mía.

Daniel Rops y Christian Dreyan, que tuvieron la bondad de apadrinarme, recuerdan, seguramente, la inefable turbación que una mañana de primavera de mil novecientos cuarenta y dos, en una capilla verde y amarilla de Saint-Pierre-de-Chaillet, me aprisionó, me amordazó irremisiblemente en la lectura del acta de abjuración. Lloré, me deshice nerviosamente en lágrimas, que ellos fingieron no advertir.

Comulgé al día siguiente, en la misa del Jueves Santo.

¡Cante ahora la triunfante Liturgia, cante en el umbral de los años más negros, más amargos, más difíciles! Armados, seguiremos luchando, iremos lejos, muy lejos, más acá del último círculo infernal, que en nuestros días se llama Dachau, Belsen-Bergen o Buchenwald. ¡Armados, realmente armados, con un arma que ya nadie podrá arrancarnos: esta fe que tan ardentemente habíamos deseado y que con tan arduo esfuerzo hemos tenido que conquistar, como una tierra helada en cuya entraña yace la veta de oro que nuestra avidez jamás podrá agotar!

Fábrica de medio cristal y vidrio hueco

Instalaciones completas de Laboratorios y Farmacias

Establecimientos y Vidrierías Llotriu, S.A.

Casa fundada el año 1860

Vidrierías en PALMA DE MALLORCA: Industria, 90 - Teléfono 2003 - Establecimientos en MADRID: Plaza de las Cortes, 3 - BARCELONA: Balmes, 21 y 23

Siempre Galletas

CETRE

Bolsaría, 7 :: PALMA

Bernardino Seguí Garriga

Contratista de obras - Estructuras - Cemento armado presupuesto - Canteros - Piedras Calizas - Machacas - Gravillas

Matías Montero, 20 - Teléfono 2466 - PALMA DE MALLORCA

Ahi va esa CONTESTAMOS A UN AMIGO

Mi querido amigo: Se que no deseas la polémica y sé también como tú de donde parte el motivo por el cual durante muchos años hemos visto con pena en el alma la falta de apoyo material de que gozan los Cofrades de nuestra inclita santa mallorquina.

Sé muy bien el por qué —y tú también— el Carro Triunfal pierde vistosidad no en su esencia sino en su potencia. Ni a tí ni a mí, ni a muchísimos de los que acudieron a ver el paso de la carroza, se nos pasa en alto el fondo de la cuestión. Esa no es otra cosa que dinero ¡mucho dinero! Y ese falta. Falta el remedio, pero ni los encargados tienen en ello culpa de que el apoyo no exista.

Ya se que me dirás que por una competición, por un trofeo, ni por cualquier cosa de estas que están de moda, hace falta el dinero. Tienes razón que te sobra. Lo moderno mata lo viejo. En doblando la esquina de los años y de la fecha —siempre ansiada— de ver pasar el «Carro de la Beata», como si no hubiera ocurrido absolutamente nada. La tradición se nos va y la tradición se nos muere porque se ha muerto el fervor. Eso es todo. Y es lo grave.

Tienes razón que te sobra y mucho debe hacerse para que lo que «ocurre» no suceda. Hay que tomarse las cosas a tiempo; y llevarlo con fe a buen término. ¿De qué manera? Interesando a todos. A nuestro Ayuntamiento, en la época de la confección de los presupuestos. A las entidades turísticas, en todo momento. Y llevar a la conciencia de los palmesanos de que el Carro de la Beata no es ciertamente un asunto baladí. No; todo al contrario, es una cosa que interesa a todo Palma.

No vamos a decir que es un aspecto turístico, que no tiene finalidades bursátiles, que no es solamente «el Carro de la Beata». Con decir que es un obsequio de una ciudad a su Santa, estaría dicho todo. Pero hay algo más. Mucho más.

Ahora renace el reinado de las reinas de la belleza. Ya lo sabes tú, porque lees toda la prensa; las bellezas de carne tienen más importancia que una Santa. Eso no es una novedad. Desde tiempo inmemorial las Santas se han formado humildemente, en claustros y sin propagandas. La Revolución francesa entronizó a una mujer reencarnada por la diosa: Razón. Pero antes las mujeres ya se habían hecho su reinado y tenían la pleitesía a sus pies de los hombres buscadores de emociones fuertes aunque no santas. Y es por esto, tal vez solo por esto que te sucede a tí y a mí todo lo contrario de lo que deseamos y sentimos.

Todos los mallorquines nos preciamos de querer —no faltaba más!— a la «Beate» y así la llamamos con más tratamiento de santidad que diciéndola Santa Catalina Thomás, pero nos falta lo principal: demostrar que nos interesa mucho más que la carnaza, y perdona la expresión, que por la pureza de la «Beate» no debiera aparecer junto a su nombre.

Supongo habrás leído eso que se dice por ahí de que el demonio anda suelto y dando bofetadas... Eso es tan antiguo como la Creación. El demonio anda suelto y los ángeles del Cielo deben reírse de sus barrabasadas si no fuera porque con eso de hacer las suyas el diablo va penetrando mucho en todas partes. Tienes la suerte de que no se haya apoderado de tí ni de muchos —pocos, sí— de los que

UN PRODIGIO DEL NIÑO JESUS

por Tomás Villaraga, S. 2.

Demasiado conocían ellos el inmenso amor que mister Smith profesaba a Alicia, y no dudaban que pagaría por ella un enorme rescate; todos sus bienes si fuera menester. Pero todo conato de secuestro había sido infructuoso, gracias a las precauciones y cuidados del banquero. Por fin habían decidido echar delante al audaz y discreto Brickson, para espiar el estado de la familia y facilitar el sigiloso asalto, que se proponían dar aquella noche.

Poseían llaves falsas y conocían perfectamente la disposición de la casa pero temían que la llegada de algún nuevo huésped o amigo del banquero les frustrase su arrojado intento con grave peligro de caer en manos de la policía de Nueva York, con la cual ciertamente no se juega.

Sin embargo, las escenas de aquella noche habían herido profundamente el corazón del bandido. La caridad sin límites y la ternura de la niña; la cordialidad con que la familia lo había introducido en la sala a participar de algunos instantes de su felicidad doméstica; el árbol de Navidad con las alegrías que aguardaban a la niña para el día siguiente; los zapatitos blancos que ella había dejado para que el cariñoso anciano de Nochebuena, Santa Claus, se los llevase de juguetes, eran recuerdos que conmovían aquella alma endurecida por el crimen.

El mismo había ayudado a llenar los zapatitos con los juguetes traídos aquella tarde por el señor Smith.

Un ruido sordo, ligero, casi imperceptible, vino a sacarlo de su meditación. A cualquier otro oído hubiera escapado, más no al suyo, dotado de exquisita sensibilidad y aguzado por la costumbre.

Sus compañeros forzaban en aquel momento la puerta exterior con sus ganchos.

Un terror enorme se apoderó de él. Hallábase indeciso, sin saber qué partido tomar. Le era imposible hacer traición a sus compañeros, pero le repugnaba contribuir a la desgracia de aquella familia, o siquiera, permitir.

A poco se percibió el ruido de las ganchos en la puerta que comunicaba el patio principal con las dependencias, la puerta se abrió lentamente y dos sombras aparecieron en el patio. Brickson pudo oír sus palabras aunque pronunciadas en voz apenas perceptible.

—¿Dónde estará ese maldito Brickson? Tampoco aparece aquí. —Estará ya en los infiernos.

—¡Oh, eso no! Si así fuera, juro por la memoria de mi padre que le beberé la sangre.

Los dos bandidos aguardaron un momento en silencio. Uno de ellos dió un ligero silbido seme-

quieran resplandecer nuestra tradicional Carroza adornada con todo el esplendor de esa fe que se dice se tiene en nuestra tierra.

Y nada más. Tú y yo hemos de hablar más de dos veces sobre este asunto y a los sordos, recordáreles existen unos estupendos aparatos que dejan oír hasta las notas más sensibles.

Dirás que el corazón no necesita de esos aparatos para sentir las emociones. Te diré, al corazón de hoy para penetrarle emocional o emotivamente... sí, hay que ponerle un buen despertador que suene a tiempo.

Ya lo ves, hasta dentro de un año, si Dios quiere, no se dirá nada sobre el Carro triunfal... nosotros lo hacemos ahora porque creemos preciso que el despertador suene a tiempo.

Nada más. Un afectuoso saludo a los tuyos y díles que los recuerdo.

PETRONIO

jante, al que forma el viento en los alambres del teléfono. Era para llamar a su compañero; ellos lo habían acompañado hasta la puerta de la entrada, cuando lo enviaron como espía aquella tarde; lo habían aguardado largo tiempo y no lo habían visto salir.

Fueron aquellos momentos de indecible angustia para Brickson; estuvo a punto de responder a la señal del jefe, pero el aliento se le heló en los labios; el corazón le latía con tal violencia que llegó a temer que sus compañeros le oyeran.

Quiso arrojarle sobre ellos, pero en aquel momento el jefe sacó un puñal que reflejó sinestramente la escasa claridad que difundía la nieve. Su compañero hizo lo mismo.

Los cabellos de Brickson se erizaron de terror. ¿Lo habrían distinguido a través de la entornada puerta? Instintivamente metió la mano al seno para sacar una pistola que llevaba oculta; pero cayó entonces en la cuenta de que se le había quedado en los vestidos húmedos que la niña le había hecho quitar.

Toda esperanza quedaba perdida; sus compañeros iban armados hasta los dientes, eran fuertes como dos encinas del bosque y no conocían el miedo.

Los dos bandidos se dirigieron hacia la habitación de Brickson. Por un momento perdió éste su serenidad y sintió que el mundo daba vueltas entorno de él.

Recobróse, al punto y retrocedió sigilosamente hasta esconderse tras un cortinaje que pendía de la pared.

El jefe abrió la puerta, la extendió hasta la cama, cuya blanca colcha se percibía apenas en medio de la tenue claridad que penetró por la puerta. Un ruido ligero se percibió en la mano del jefe y su lámpara eléctrica se encendió; a los suaves resplandores del reflector la cama vacía se iluminó perfectamente.

—Este es el cuarto de los huéspedes —dijo a su compañero—. Aquí nadie, y sin embargo juraría que he percibido algo dentro.

Después de algunos instantes de angustioso silencio, los dos ladrones volvieron atrás y se dirigieron a las habitaciones de la familia.

—Quieren asegurar primero a Mr. Smith— pensó Brickson desde la puerta de su escondite, al ver a sus compañeros que penetraban en la habitación de éste—. No lo matarán, eso no entra en el proyecto, pero... ¿y si hace ruido? ¿Si resiste?...

Salió luego con toda la precaución imaginable y se dirigió al cuarto donde acababan de entrar sus compañeros. Procedía casi maquinalmente, no calculaba la inmensidad del peligro a que se exponía si llegaba a ser descubierto.

Cuando se acercó a la puerta, los dos ladrones se acercaban a la cama del banquero. Uno de ellos apretó el botón de la linterna eléctrica y a su luz Brickson pudo distinguir las facciones del banquero que manifestaban la más profunda tranquilidad.

Rápidos como el rayo echaronse sobre él; uno le sujetó los brazos mientras el otro le ponía una mordaza. Mister Smith tuvo apenas tiempo de lanzar un débil quejido.

El jefe de los ladrones acercó los labios al oído del infeliz y le dijo mientras su compañero le ataba fuertemente:

—No te muevas si en algo estimas la vida de tu hija y de tu esposa. Nada temas; a su tiempo la recobrarás, habrá que desembolsar algún dinerillo, pero tú eres rico...

Hecho esto dejaron al infeliz esposo tendido en la cama, sin poderse mover; penetraron en el cuarto de la señora e hicieron

con ella lo mismo y con no menor presteza.

—Está ganado el juego — dijo alegremente el jefe; ahora a cargar con la chiquilla que no pesará mucho.

Brickson, a la puerta, se retorció las manos de dolor, pero se sentía incapaz de tomar una resolución, desarmado y solo como estaba.

Los ladrones, con más calma y menos precauciones, como quien nada tiene que temer, entraron al cuarto de Alicia.

Brickson pudo divisar por última vez, el escaso fulgor de la lámpara de los bandidos; el primoroso rostro de la chiquilla que tanto se había interesado por él... Mas fué bien poco el tiempo que le dejaron para contemplarla: se arrojaron sobre ella y le pusieron mordaza como a sus padres. El jefe se la echó al hombro y los dos emprendieron la fuga con tal precipitación que estuvieron a punto de tropezar con Brickson. Retiróse éste y los dejó pasar sin atreverse a cortarles el paso.

Mas apenas hubieron pasado, una súbita resolución brotó de su mente, y sin detenerse a considerar las consecuencias saltó sobre el que marchaba solo y le pegó tal puñetazo en la nuca que lo tendió sin sentido.

El jefe, se sintió desconcertado por un momento ante el súbito ataque de aquella sombra que parecía haber brotado de las tinieblas. Mas su resolución fué cosa de un segundo; colocó la niña en el suelo y puñal en mano se lanzó sobre el agresor. Brickson esquivó diestramente el golpe, y el puñal a penas le desgarró el vestido rozándole ligeramente el hombro izquierdo.

Con suma agilidad saltó él a su vez por detrás del jefe y lo agarró por la nuca con una mano, con la otra le sujetó la que llevaba el puñal. Entablóse entonces una lucha desesperada entre los dos; el bandido se defendía a terribles patadas y golpes con la mano izquierda, mientras Brickson trataba en vano de sujetarle la derecha y hacerle soltar el puñal.

El combate continuó desesperado por algunos instantes; ya el jefe comenzaba a ceder, cuando Lyte, el otro ladrón, volvió en sí; se puso en pie y acudió en defensa de su jefe, que lo llamaba con palabras de terrible rabia. Brickson soltó al jefe y valiéndose de la única ventaja que tenía sobre sus adversarios, de conocer bien el terreno en que se hallaba, se agazapó tras un pequeño pedestal que sostenía un jarrón de flores.

Los ladrones, que vieron hundirse en la sombra aquel misterioso personaje, como había brotado de ella, se quedaron inmóviles y estupefactos por un momento. En aquel punto asomó a la puerta que comunicaba con las dependencias una de las criadas, robusta campesina de las montañas de Dutchess. Había despertado al ruido de la lucha y acudía armada de un grueso palo que pudo haber en sus manos. Deseosa de saber lo que pasaba hundió el botón de la pared, y el poderoso foco eléctrico del patio se encendió.

El jefe se abalanzó sobre ella. Mas la buena mujer logró esquivar el golpe y con tal fortuna descargó su palo sobre la cabeza del bandido que éste perdió el equilibrio y cayó en tierra. Al mismo tiempo Brickson, saliendo de su escondite, se arrojó sobre Lyte y dió con él en el suelo.

—Sujeta a ese —gritó a la criada mientras él hacia otro tanto con Lyte.

El combate no era ya tan desigual, pero la valerosa criada no era capaz de luchar cuerpo a cuerpo con aquel jayán. Por fortuna ella rompió el silencio sombrío que hasta entonces habían guardado los combatientes y comenzó a gritar desahoradamente. A sus voces acudieron el lacayo y el cochero, y entre todos lograron atar de pies y manos a los dos ladrones y encerrarlos en un cuarto vecino mientras telefonaban al puesto inmediato de policía para que los pusiera en seguro.

Poco después la familia Smith, seguida de sus leales servidores y de Brickson, entraba en la elegante sala de recibio.

—No, señor, no me abracéis, soy más criminal de lo que vosotros creéis.

Esto hizo entrar en algún recelo a Mr. Smith; pero Brickson, que lo comprendió, le dijo al punto:

—Nada temáis, señor; habéis visto que estoy pronto a sacrificarme por vuestra familia.

—Así es —dijo el banquero— y jamás os podré agradecer suficientemente este favor.

Sin embargo —replicó el huésped— escuchad un momento: os lo voy a confesar todo y después vos juzgaréis.

Refirióles luego el asalto que desde hacía largo tiempo premeditaban él y sus compañeros para secuestrar a la niña y arrancar un cuantiosísimo rescate. Dijoles como su llegada a pedir posada no había sido sino un pretexto para saber si aquella noche habían de quedarse con él algunos amigos, como solían hacerlo de vez en cuando, sin que él abrigase el menor deseo de permanecer en la casa.

Cuando la niña se empeñó en que se le diese hospedaje quiso retirarse, pero ya no se atrevió por miedo de que sospechasen de él. La caridad de aquel ángel tutelador de la familia y los recuerdos del Niño de Belén le habían hecho reflexionar también y le habían tocado el corazón.

Encendiéronse todas las luces del Nacimiento, y llenos todos de asombro y gratitud se postraron ante la cuna del Niño Dios.

En aquel momento las campanas de los grandes relojes de la ciudad comenzaron a dar las doce, y sintieron los lejanos y melódicos ecos de un coro de niños que cantaban en una iglesia vecina:

Jesús ha nacido,
Jesús de Belén.
Que sea bienvenido,
Que sea para bien.

Alicia se levantó de un salto, corrió hacia el pesebre y estampó un sonoro beso en la diminuta frente del Niño Jesús, y luego volviéndose a su padre, dijo:

—Papá, después del Niño Dios este señor ha sido nuestro libertador.

Y dirigiéndose a Brickson, por cuyas ásperas mejillas corrían lágrimas, depositó en ellas otro suavísimo y angelical beso de ternura y agradecimiento.

"Calzados DADOS"

Gran Semana de muy EXTRAORDINARIA ERATURA
Magnífica Oesión para Calzar toda la familia con poco dinero
Desuento a familias numerosas
ANSELMO CLAVE, 19 - PALMA

SUMINISTROS FRAU

Plaza S. Antonio, 17-18 y 19 PALMA